

siglo XIX propone dos modos fundamentales de comportamiento y reacción ante el espacio doméstico: "en ciertas novelas va cediendo paulatina y explícitamente al impulso invasor de la esfera pública, [...] en otros, en cambio, el ámbito privado se resiste con variable éxito a la invasión, pretendiendo ignorar la presencia de un espacio exterior". Es aquí donde la ventana y la puerta sirven de filtro y umbral para que la mirada reaccione, en su forma peculiar, ante lo exterior e interior. En este capítulo, la autora establece ciertas características para la mirada masculina, en novelas como *Die Chronik der Sperlingsgasse* y *La Maison du chat qui pelote*, y para la mirada femenina en *Effi Briest* y *Madame Bovary*, a través de la ventana.

En suma, la novela decimonónica no sólo quiere dar fe de la realidad y retratarla fidedignamente, afirma la autora, sino que pretende, sobre todo, ordenarla y sentir de esa manera que todavía es dueña del mundo. Por tanto, su sistema significativo se basa tanto en el juego incesante y simplificador de las oposiciones, como en el mecanismo, sentido como necesario, de la redundancia y reutilización del cliché con miras a su innovación y pervivencia entre los temas que competen tanto a la historia de la literatura como a la de nuestras circunstancias.

A todo lo anterior, hay que agregar que el texto de María Teresa Zubiaurre nos ofrece una amplia bibliografía crítica en español, francés, inglés y alemán sobre la temática del espacio literario y su historia dentro de la teoría y la crítica literarias, así como dentro de la propia literatura.

Universidad Nacional de Colombia Leonardo Bejarano Castillo

Belrose, Maurice. *La época del modernismo en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila, 1999. 465 págs.

Este libro de Maurice Belrose (Martinica, 1943) es el compendio de su segunda tesis doctoral, presentada en 1986 en la Universidad de Lille III. Está basado en las revistas literarias venezolanas más significativas de la época del modernismo (i.e. *El cojo ilustrado*, *Cosmópolis* y *La alborada*) y en las novelas más sobresalientes publicadas en Venezuela en el lapso comprendido entre 1888 y 1925. Es importante la acotación del autor relativa a que su trabajo no versa sobre el modernismo en cuanto escuela, sino sobre la época del modernismo. Este

presupuesto metodológico permite ampliar el tratamiento de la cuestión del modernismo, analizando los fenómenos concurrentes en su conformación. Por ello, el modernismo aparece concebido como un movimiento aglutinador, en el cual convergen tendencias variopintas. El afán de libertad, el culto a la originalidad y a la personalidad, el rechazo de la cerrazón dogmática (entre otros), son algunos de los caracteres que lo configuran. Empero, es el esteticismo su condición más sobresaliente. Ello explica, en buena medida, su casi obseso amor a la belleza y a la escritura artística.

En la difusión del modernismo cobran especial relevancia las revistas literarias. En este orden, *El cojo ilustrado* sitúa a Venezuela en el propio centro del movimiento modernista en las dos décadas comprendidas entre 1892 y 1915. Otras publicaciones de importancia (si bien de menor duración y rango intelectual) son *Cosmópolis* (1894-1895) y *La alborada* (1909). La lectura de estas fuentes (que se constata en la atenta glosa y en las escrupulosas referencias bibliográficas rastreadas por el autor) da razón de determinada suerte de problemas, verbigracia: los vínculos del modernismo con el criollismo y los límites temporales que los abarcan. Así, Belrose sostiene que el modernismo extiende su influjo hasta bien entrada la década de los años veinte; también especifica su periodización en cuatro etapas de la literatura venezolana. En la primera (1892-1895) se dan los inicios del modernismo, no exentos a la sazón de naturalismo y positivismo. En segundo lugar (1896-1903) se da el auge del movimiento modernista en la totalidad del ámbito hispanoamericano. Después de 1904 —y hasta 1909— ve la luz un americanismo redivivo. Finalmente, de 1910 a 1915, las letras venezolanas experimentan el triunfo del criollismo y de la literatura nacional.

El seguimiento de esta sucesión cronológica elaborada por Belrose evidencia que la novelística venezolana (entre 1888 y 1925) discurre simultáneamente ente los márgenes del criollismo y del cosmopolitismo. La gran fuerza que exhibe el modernismo (esto es, su específica condición de tendencia dominante) estriba, como ya hemos anotado, en su capacidad aglutinadora. Ahora bien, el modernismo posee, a su vez, una dimensión ideológica que se inscribe en la crisis espiritual experimentada por Occidente en la transición del siglo XIX al XX. La concepción del modernismo como movimiento y como época brinda una nueva mirada sobre la evolución de las letras hispanoamericanas. Con este panorama de fondo, el modernismo es uno entre todos los componentes que se conjugan en el

desarrollo de la literatura de la América Hispánica en las postrimerías del siglo XIX y los albores del XX.

De otro lado, se patentiza la ambigüedad ínsita al modernismo, que significa, a un tiempo, un esfuerzo de renovación de las letras hispanoamericanas (en sentido restringido), tanto como la inclusión de América Latina en la dinámica capitalista mundial (es decir, la modernidad en sentido amplio). De allí que se hagan visibles los nexos ya mencionados entre el modernismo y el positivismo, y que la discusión oscile entre los polos de civilización y barbarie. Esta contraposición se manifiesta en dimensiones éticas y estéticas que revisten valoraciones positivas y negativas. El escenario de la confrontación lo constituyen el conflicto generacional; la dicotomía entre la ciudad y el campo; la dialéctica entre una supuesta Venezuela bárbara y una Europa culta; o la autenticidad nacional en pugna con una civilización inauténtica.

El modernismo hispanoamericano surge en buena medida, sostiene el autor, como una suerte de segunda independencia y no se excluye su comparación con el movimiento de emancipación. Es, además, todo un fenómeno continental que involucra al intelectual en el cumplimiento de una misión, a la luz de la cual la literatura es esgrimida como arma de combate y como instrumento de investigación sociológica. En el específico contexto venezolano, el intelectual de la época de transición del siglo XIX al XX aparece como un hombre de acción, esto es, comprometido con su realidad socio-política. Empero, el compromiso del intelectual recibe disímiles orientaciones. Algunos se manifiestan expresamente en contra de la dictadura, en tanto otros adhieren al castrismo o al gomecismo. Ello se explica en buena medida a la luz de la sentida influencia del positivismo y a la necesaria integración de Venezuela en el sistema capitalista mundial, que hacía ver a la dictadura como sinónimo de progreso. Esta incurción del intelectual en el ámbito de la contienda política (que permitía volver la vista a lo americano, a despecho del exotismo y del cosmopolitismo predominantes) da razón, también, de la importancia concedida a hechos históricos emblemáticos que habrían de dejar su impronta en la configuración del ideario latinoamericano, como la guerra cubano-hispano-americana o la Primera Guerra Mundial.

El libro de Maurice Belrose se halla dividido en dos grandes partes, la primera de las cuales se intitula, elocuentemente, "Una historia soterrada en las revistas literarias". En efecto, de la detenida lectura de *El cojo ilustrado*, *Cosmópolis* y *La alborada* (entre 1892 y

1915), se desprende que el público de estas revistas se encontraba familiarizado con el espíritu del modernismo, aun cuando éste sólo empieza a definirse y caracterizarse deliberadamente hacia 1898. En *El cojo ilustrado*, la revista que mejor da la pauta de la evolución de la literatura venezolana de la época, se evidencia el predominio de la crítica literaria y la prosa ensayística sobre la literatura pura o los textos de ficción. Es perceptible la influencia del positivismo y del naturalismo, que brindan a la voz "modernismo" un sesgo que hace énfasis en la condición sincera y tolerante del intelectual y en la lucha por el progreso científico y artístico. En este orden cabe mencionar que sólo hasta 1896, el foco de atención de la revista se vuelve hacia el aspecto estético de la revolución modernista.

La importancia de *El cojo ilustrado* se deja percibir, según el autor, en su papel de verdadera "tribuna del mundo latino" (como se denomina a sí misma en su edición del 15 de diciembre de 1900), de México a la Argentina. Por las páginas de la revista suelen desfilar textos de Rubén Darío, José Asunción Silva o José Enrique Rodó, entre las plumas más eximias. Los modernistas peninsulares también encuentran un espacio en la publicación, con mayor frecuencia a partir de 1898. No son extraños, pues, los escritos de Juan Ramón Jiménez o Miguel de Unamuno, si bien el interés por el modernismo español decrece entre 1910 y 1915. Las secciones de reseñas bibliográficas propenden, a su vez, por la difusión de la actualidad hispanoamericana y tienden a exaltar el descubrimiento del "alma nacional" de cada país.

El cojo ilustrado es, también, un buen índice de la recepción de las fuentes europeas del modernismo. Entre 1892 y 1895 se publican allí textos extranjeros, sin hacer presentaciones bio-bibliográficas. Después de 1895 se hace un motivo recurrente el interés por la vida literaria y cultural europea. En el panorama de las letras del viejo continente, de las que se hace eco en la publicación, la tradición que más concita la atención es a todas luces la francesa. Los modernistas hispanoamericanos se vuelven hacia ella con peculiar interés entre 1896 y 1903, tomando a Francia como paradigma de la revolución que habría de significar la conquista de la independencia intelectual de España. Las páginas de *El cojo ilustrado* difunden artículos de Brunetière (acerca de la evolución de la literatura francesa desde 1875) y Georges Pelissier (sobre los pormenores estéticos de la poesía parnasiana y simbolista). El propio José Enrique Rodó se ocupa de la evolución de las letras francesas decimonónicas y Fernando Araujo comenta (ya en 1901) las palabras de Adolphe Retté acerca del

decadentismo y del simbolismo, y resalta las características que aproximan a estos movimientos al modernismo hispanoamericano. Se percibe, así, la resonancia de la voluntad de los intelectuales franceses, de finales del siglo XIX y comienzos del XX, de hacer un balance e inventario de su propia literatura. A la vez, se evidencia el interés de los modernistas hispanoamericanos por acudir a las fuentes literarias francesas con el objeto de que la lengua española se vuelva apta para dar cuenta de las ideas y la sensibilidad modernas.

La segunda parte del libro de Belrose concentra el énfasis en la novela venezolana de la época del modernismo (de 1888 a 1925), esfuerzo que, en buena medida, es subsidiario de su primera tesis doctoral (Universidad de Burdeos III, 1976).¹ Lo que pretende el autor en esta ocasión es analizar la novela modernista, en su doble dirección exotista y criollista, a la luz del contexto general de la novela venezolana coetánea. De esta investigación se desprende que la primera novela de sensibilidad propiamente modernista es *Julián* (1888), de José Gil Fortoul, y que el modernismo, en el género novelístico, conserva su vigencia hasta 1925, fecha de la publicación de *El cóndor*, de Pedro César Domínici. Un motivo que parece permear la novela de la época es la ya mencionada antinomia entre civilización y barbarie o entre cultura y naturaleza. A juicio de Belrose, la opción entre criollismo y exotismo es un adecuado principio de discriminación de la novela entre 1888 y 1925. Con este rasero, observa que la novela exotista (de fuerte raigambre decadentista-simbolista) abunda menos que la criollista (de estirpe naturalista). En este sentido, un hecho que reviste particular interés es la actitud adoptada por el novelista venezolano en esta época de transición. La novela criollista (que predomina entre 1910 y 1915), por ejemplo, puede propiciar una visión idealizada de la realidad, tendiente a rehabilitar los valores de la aristocracia y del mundo rural, desprestigiando, de paso, a la incipiente burguesía criolla. El aristócrata se aproxima así al campesino, que se alza en su idílico vínculo con la naturaleza a la categoría de estandarte del "alma nacional". De otro lado, la novela criollista puede servir como instrumento para enunciar duras críticas a un ambiente pervertido por el caudillismo y la corrupción de décadas de acendrada dictadura. De esta forma, la escritura se sirve de la ironía, el humor y el sarcasmo para denunciar los vicios de la burguesía y, en ocasiones, para

¹ Cfr. Belrose, Maurice, *La sociedad venezolana en su novela (1890 - 1935)*. Maracaibo: Universidad del Zulia, 1979.

adelantar programas de renovación política y económica. La novela idealista, aun cuando se inspire en el exotismo, no es, sin más, una huida de la realidad. Con el ascendiente espiritual de Europa, el intelectual venezolano ve en el exotismo una manera de repudiar la violencia y la corrupción que campean en su propia nación.

Según Belrose, en la evaluación del fenómeno del modernismo es necesario comprender que el movimiento tiene una arraigada dimensión ideológica, aneja al más reconocible componente estético. En el modernismo venezolano, a diferencia de otras latitudes en Hispanoamérica, resaltan la preponderancia de la prosa sobre el verso y la propensión por el discurso sociológico y político. A pesar de que el modernismo se propaló de manera relativamente tardía en Venezuela, no es menos cierto que ya desde 1896 ha logrado afianzar prosistas de la talla de Pedro Emilio Coll, Pedro César Domínicí, César Zumeta y Manuel Díaz Rodríguez (considerado por los lectores coetáneos de *El cojo ilustrado* como la pluma más fecunda de su tiempo). Las diversas variantes del modernismo han de inscribirse, pues, en lo que Guillermo Korn ha dado en llamar el “modernismo integral”; esto es, una tendencia de marcada resonancia positivista que propugna por la búsqueda del progreso en todos los ámbitos. En suma, “[...] el modernismo venezolano no tiene nada de bastardo ni carece de autenticidad. Si ofrece algunos rasgos peculiares, éstos se justifican por las circunstancias históricas, socioeconómicas y culturales en las que aparece y se desarrolla” (451).

Universidad Nacional de Colombia Iván Daniel Valenzuela M.

Fajardo Valenzuela, Diógenes. *Coleccionistas de nubes. Ensayos sobre literatura colombiana*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2002. 305 págs.

Pensar en una colección de nubes induce a evocar imágenes muy sugerentes. Las nubes revelan formas cambiantes y momentáneas que se suceden sobre un telón aparentemente fijo. Figuras cuyos sentidos dependen, en todo caso, de la perspectiva que adopte quien las observa a kilómetros de distancia; así, lo que se afirme de dichas procesiones pasajeras y caprichosas en el cielo, tiene el poder de fijar para el presente esas formas y mostrarlas en adelante como si estuvieran ante nosotros.